Imprimir

Muchas de las llamadas “huelgas generales” no han sido tales, hoy podemos entender su parcialidad. De igual modo, muchas de las huelgas que se han dado en el mundo no han entrado en el canon al no ser suficientemente inteligibles respecto del paradigma de la huelga productiva. Pero ahí no acaba todo. Si revisáramos la historia de las huelgas veríamos desvanecerse peligrosamente el imaginario que con frecuencia las rodea: un aguerrido grupo de varones parando la producción en el espacio de trabajo para obtener mejores salarios y condiciones de trabajo. Como han recordado Asad Haider y Salar Mohandesi (2015)[1], muchas huelgas se articularon en torno a elementos que rodeaban la vida de la clase trabajadora que no concernían directamente a la producción; aspectos como la salubridad, la vivienda, la carestía y falta de acceso a los alimentos, y aún a otros como la seguridad frente a la violencia sexual, las garantías de aborto y embarazo, el acceso a la salud, la posibilidad de lactar, la dignidad de quienes no son reconocidos como “trabajadores”, el salario para el trabajo doméstico, las amenazas bélicas o el acceso al espacio o a infraestructuras claves como una carretera o el tendido de agua han ocupado un lugar significativo en las movilizaciones de la clase obrera.
Todas estas cuestiones han articulado incontables huelgas, más de las que imaginamos. Podemos seguir con los cuestionamientos. Buena parte de los paros no se han producido en los espacios laborales sino por fuera, en los barrios, en las calles de las ciudades o por las carreteras que unen comunidades. Y aún muchos más no fueron protagonizados por empleados, es decir, mujeres y hombres asalariados, sino por sus parejas, sus hijos y en general sus vecinos y aliados. En muchos lugares, dada la marginalidad del mundo salarial, los perfiles del paro se desdibujan o se entremezclan con tomas, levantamientos y acciones que muchos no considerarían huelgas en un sentido estricto. Todo esto, para muchos, se aleja de lo que moviliza auténticamente una huelga: el trabajo, pero es justamente el trabajo, el que se halla bajo el mando capitalista, y todo lo que lo atraviesa lo que está siendo seriamente reconsiderado.

Sin duda, una mirada atenta sobre la huelga arroja incontables novedades que nos pueden ayudar a dimensionar lo que hoy plantean y organizan algunos feminismos en distintas partes del mundo: una escalada de las luchas de reproducción que nos aproxime a una

huelga auténticamente general. De momento, la escalada interpela a quienes han habitado los márgenes de las huelgas productivas: las mujeres, mujeres no asalariadas o precariamente asalariadas, mujeres que han asumido mayoritariamente los trabajos de sostenimiento y cuidado. Pero la cosa podría ir mucho más allá… niñas y niños, jubilados, agricultores familiares o de subsistencia, estudiantes, desempleados, población sin salario, sectores "improductivos", autónomos semidependientes… ese inmenso mundo que está por fuera o en los bordes de la vida con salario pero cuya existencia depende del ingreso, de las condiciones en las que se produce y se expropia el territorio, el entorno y los medios de vida.

Aproximémonos entonces brevemente, en términos visuales, a cinco huelgas (poniendo lo de huelga un poco entre paréntesis) para ver qué arroja esta mirada.

En *Between Babies and Banners: Story of the Emergency Brigade* (1979)[2], Lorraine Gray recoge la experiencia femenina en la célebre huelga que se libró en la factoría de Flint en Michigan a finales de 1936 y comienzos de 1937. Las demandas tenían que ver con la intensificación de la producción, la regulación de la jornada y el salario y la represión sindical. Un clásico que los relatos de las mujeres permite comprender bajo un nuevo prisma. Su participación fue reseñable a pesar de que se trataba en su mayoría de amas de casa y esposas de los obreros de esta enorme ciudad de la  General Motors. El encierro de los varones en la mítica planta 4 de la Chévrolet contrasta con el ir y venir de las mujeres. Muchas asumieron el aprovisionamiento y la cocina, tan necesaria para la supervivencia de la huelga, y otras, como Gerona Dollinger, la resistieron: "Hay muchos hombres flacuchos que no son capaces de pararse firmes, marchar e ir hacia los piquetes y pueden pelar papas tan bien como nosotras"[3]. Estas esposas de obreros se pusieron al frente de la estrategia política y de la autodefensa física de la planta a través de la *Women's Auxiliary Brigade*. Sus hijos e hijas se socializaron en la huelga, en los comedores, las cocinas y las líneas del piquete durante más de un mes, mientras que las mujeres quebraban una y otra vez a la policía con sus interpelaciones femeninas y enardecían a la población con sus propuestas y su creatividad.

Piquete de mujeres, niñas y niños en la huelga de Flint

Al igual que otras huelga industriales, ésta revelaba un universo rico que desordenaba lo que con tanto esmero la línea y el hogar obrero aún estaba tratando de homogeneizar, escindir, disciplinar y moralizar. La fábrica, la calle, la cocina, los comercios, las asambleas, la comunidad… todo se amarraba según iba avanzando el conflicto y las mujeres iban llamando a más y más actores a escena. Gerona cuenta que cuando vencieron, disparando la sindicalización y el conflicto más allá de los confines de Flint, los hombres les dijeron que era tiempo de volver a casa, que durante todo ese tiempo se había apilado la ropa. Muchas regresaron, pero nunca se quitaron sus boinas rojas, y siguieron vinculadas al sindicato. La huella que dejó el otro lado de la huelga quedó sembrada, al igual que la capacidad de pensar la acción en términos de toda una comunidad. La idea de desplazar la reproducción al centro del campo de batalla, como un hacer conjunto y de otro modo, ha estado presente en no pocos conflictos laborales. Quizás no sea tan común en los relatos o no forme parte de los archivos, pero es, sin duda, parte de un acumulado histórico femenino.

La segunda huelga no es menos reveladora y también existe un documento visual que la recoge: *Les Prostitués de Lyon parlent*, de Carole Roussopoulos[4]. En 1975, las prostitutas de Lyon abandonan el trabajo y ocupan la iglesia de Saint-Nizier para denunciar el hostigamiento policial, las extorsiones, los abusivos requerimientos fiscales, el encarcelamiento y la estigmatización social[5]. Poco antes de esta acción, tres compañeras habían sido asesinadas. La toma se produce tras varios amagos de movilización y cuenta con el apoyo previo de los jóvenes católicos (el *Nid*) y, después de las feministas. Más de cien mujeres, a nombre de María Magdalena, la mujer que ungió los piés de Jesucristo, se apoderan de la iglesia; el cura se niega a expulsarlas y el gesto es replicado en otras ciudades. A juzgar por las imágenes de los exteriores, su presencia se convierte en algo verdaderamente inaudito para una sociedad que súbitamente las visualiza y, más importante aún, las escucha por los altavoces denunciando sus condiciones de trabajo, las extorsiones a las que se ven sometidas y los efectos que todo esto tiene sobre ellas y sus criaturas:

“Nuestros hijos no quieren ver cómo sus madres son encarceladas”.

Huelga y ocupación de la iglesia de Saint-Nizier

El derecho a la ciudad y a la calle, a ver y ser vistas, a encerrarse y demostrar que salir equivalía a ser arrestadas se convirtió en un modo de explicar públicamente la vida de un grupo previamente cohesionado a causa de la represión. Carecían hasta la fecha de experiencia en este tipo de acciones, así como de práctica de interlocución con las autoridades civiles y religiosas. Tras esta parada con encierro, que en Lyon duró una semana, se cancelaron varias sentencias de prisión y se relajó por un tiempo la represión.

Es difícil medir el impacto de la huelga, tanto para las prostitutas como para el imaginario social dominante, pero lo cierto es que la toma de la palabra y la aparición pública de estos cuerpos, entreverados con los cuerpos y lenguajes de sus aliadas, descolocó los lugares habituales de las mujeres, cuya actividad y condición parecía totalmente ajena al mundo del trabajo, al funcionamiento regular de la sociedad, a las gentes de bien y al común de las mujeres oprimidas reclamadas por el feminismo. Evidentemente, el paro y los reclamos respaldado por sectores abolicionistas tenían que ver con el desempeño en una actividad considerada como no trabajo, como trabajo informal (por servicio) y como algo impropio (pero útil). Sin duda, el componente de dignificación resultaba en un aspecto crucial; parar fue en este caso hacerse ver/oir, salir a la superficie. Aunque el comercio de calle, el trabajo doméstico o el reciclaje no resulten equivalentes, comparten con la prostitución algunos elementos que tornan extraña la huelga; al fin y al cabo, ¿qué se “gana” parando?, ¿qué se interrumpe?, ¿qué se reclama exactamente? ¿Cómo así la huelga cuando el ingreso es al día?

La tercera huelga también tuvo lugar en la década de los 30, en esta ocasión en Ecuador; ahí estaban Dolores Cacuango y Tránsito Amaguaña. Las imágenes que se han conservado de ellas nos ayudan a estimar su porte y valentía[6]. Estas mujeres indígenas encabezaron el levantamiento de la comunidad huasipunguera de Cayambe previo a la formación de la *Federación Ecuatoriana de Indios* en 1944. Dos importantes huelgas se sucedieron en 1930 y 1931 en las haciendas de Pesillo, La Chimba, Moyurco y San Pablo Urco. La situación de servidumbre por deudas es conocida, semejante a la que se da en otras regiones. Algo singular de estas huelgas fue la dirigencia y el protagonismo femeninos. Además de hablar de demandas laborales, antes incluso de que cobrara forma el llamado a la reforma agraria, las mujeres interpretaron la dominación en un sentido complejo movilizando elementos que tocaban la reproducción y la sexualidad bajo el régimen gamonal.

Huelga en Cayambe 1930

En primer lugar se reclamó la remuneración de las mujeres, cuyo trabajo no contaba. Segundo, se formuló la negativa a prestar servicios personales por parte de mujeres y niños en la casa hacienda; esto equivalía a una obligación natural, tan natural como el ser conminadas a amamantar a los bebés de los hacendados a costa de la vida de los propios, como se narra en *Huasipungo*, la estremecedora novela de Jorge Icaza. El pliego que acompañó la huelga recogía también el rechazo a la obligación sexual de las mujeres respecto a los patrones, la violaciones sistemáticas, así como el derecho ritualizado de éstos a usarlas sexualmente antes que el marido. De igual modo hablaron de la destrucción de sus viviendas y animales, de todo aquello que permitía su precaria reproducción, siempre sujeta a la deuda, al gobierno discrecional de los capataces y a los escuadrones del ejército. Una de las demandas de la huelga en Pesillo era que se abriera una escuela en Pucará. Las alianzas con la izquierda urbana mestiza, particularmente entre mujeres y feministas, Dolores junto a Nela Martínez y Maria Luisa Gómez de la Torre, posibilitaron en la década de 1940 la creación

de las escuelas bilingües. Como en la huelga de Flint, las mujeres atendieron esta cuestión y en general el bienestar de las mujeres alentando sus capacidades de participación social y política y las de las nuevas generaciones a través de escuelas de formación. “No sólo luchamos por la tierra y un buen trato”, dijo Tránsito en una ocasión. Huelga, fuga, levantamiento, asalto a la casa hacienda, marchas… En palabras de Dolores, “Todito se ha luchado”, y todito dio forma a una concepción de la lucha que situaba en el centro la reproducción social y cultural.

Las huelgas de sexo, la cuarta experiencia, han sido muy importantes en Africa, pero también se han librado en otros lugares del planeta, tanto contra regímenes autoritarios, a favor de las libertades civiles y políticas o contra la guerra, como para garantizar el sostén frente a la extracción. Una de las más destacadas es la que protagonizaron las “mujeres del mercado” en Liberia en 2003. *Pray the Devil Back to Hell* (2009), de Gini Reticker y Abigaile Disney[7], narra la historia de estas mujeres y de Leymah Gbowee, del Women’s Peace Building Movement, premio Nobel de la Paz en 2011. Cuenta Gbowee que tuvo un sueño, y ese sueño era la paz para Liberia tras varios golpes militares, regímenes autoritarios, militarización generalizada y dos guerras civiles hechas de enfrentamientos tribales originados en la formación misma de esta nación. Para ella, “las mujeres del mercado” estaban llamadas a movilizarse desde las iglesias cristianas uniéndose a las musulmanas; primero porque conocían a los combatientes, pero también porque eran muchas, se movían constantemente de un lado para otro con la mercadería, incluso transportando armas en sus fardos. Sabían cuándo venía la guerra y cómo iba a ser el enfrentamiento; sabían lo que costaba ganarse el pan y correr por sus vidas, conocían lo que era sufrir la violación de sus hijas y ver a sus hijos armados, y estaban hartas de la situación. Estas trabajadoras, explica Gbowee, podían mejor que nadie reunir el valor de parar todo aquello con el fin de custodiar un futuro mejor. Las mujeres vistieron camisetas blancas en nombre de la paz y lanzaron una huelga de sexo que interpelaba directamente a los hombres, a los armados pero también a los que se mantenían en silencio, al tiempo que apuntaba al gobierno y a los señores de la guerra.

Acción rural en Bong County

El paro de sexo subrayaba la potencia y vulnerabilidad del cuerpo, su capacidad para producir placer, dolor, procreación, resguardo, deseo. Su efectividad no siempre resulta, pero su fuerza simbólica es enorme. Al fin y cabo, si el cuerpo de las mujeres se detiene es que algo anda realmente mal. Claro que sus cuerpos no se detuvieron; enfrentaron directamente al sanguinario presidente, Charles Taylor, y se interpusieron a la salida de delegados de las conversaciones de paz en Gana. Cuando las quisieron expulsar físicamente ellas amenazaron con la peor de las maldiciones: enfrentar el cuerpo desnudo de la madre o la mujer mayor (equivalente a la propia madre), que en un gesto deliberado se queda al descubierto; los hombres no pueden salir indemnes. Varios atropellos contra mujeres en lucha en varios lugares en Africa, de forma notable en Nigeria en la década de 1980, han desencadenado este irreversible gesto. La rabia extrema al ser pisoteadas en su dignidad expone la vulnerabilidad de su poderosa corporalidad. La abominación se vuelve contra quien la suscita, que en su acto de abuso revela su cobardía y bajeza moral, quedando así profundamente debilitado. Tal y como recuerda Gbowee, ese es el mayor dolor que puede sentir una mujer, y cuando algo así ocurre, cuando la vulneración es de tal magnitud que desencadena la maldición, el efecto es que todos los presentes se vuelven hacia sí y se preguntan… pero, ¿qué he hecho?, ¿cómo he podido (hemos podido) llegar hasta aquí?

Tanto la lucha contra regímenes corruptos y violentos como, de forma simultánea, la lucha contra la precarización de la existencia han llevado a muchas mujeres a llamar a huelgas de sexo (en algunos casos tejidas con las prostitutas). En 2011, la comunidad afrodescendiente de Barbacoas en Colombia protagonizó un caso revelador para América Latina. La capacidad de dirigirse directamente a los hombres con este llamado, además de a los Estados, provocando diálogos públicos y privados inusuales ha sido una potente herramienta.

Me gustaría terminar recuperando una última huelga, que es ya un clásico para las luchas feministas: la que tuvo lugar en Islandia el 24 de octubre de 1975, un día entero en el que el

90% de las mujeres no fueron al trabajo, no hicieron la compra, ni llevaron a los niños al colegio, ni prepararon la cena, ni arreglaron la casa, ni atendieron a nadie y salieron juntas a la calle para reunirse en un evento político del que tenemos algunas imágenes y un documento visual, *Women in Red Stockings*, dirigido por Kristín Einarsdóttir en 2009[8]. No se convocó oficialmente como una huelga, sino como "un día libre".

Sus protagonistas explican el efecto que tuvo en ellas los movimientos y acciones feministas que se extendían con el inicio de la segunda ola y mencionan de manera especial a las *Redstockings* del Movimiento por la Liberación de las Mujeres de finales de la década de 1960 en Estados Unidos, feministas radicales que encabezaron novedosas acciones y teatros callejeros, además de grupos de autoconciencia, en los que denunciaban la situación de las mujeres que abortaban, el uso comercial del cuerpo femenino y la supremacía masculina en el trabajo y en todo lado. Esto inspiró a las islandesas, que marcharon juntas en el primero de mayo portando una gigantesca venus bajo la mirada reprobatoria de sus compañeros, que interpretaron la figura como una burla y trataron de expulsarlas. En poco tiempo las Redstockings islandesas se expandieron reclamando escuelas infantiles, organizando publicaciones, haciendo teatro, denunciando las desigualdades salariales, organizando festivales en poblaciones remotas, visibilizando el lesbianismo, defendiendo el derecho sobre el propio cuerpo o rechazando las tareas domésticas. Las acciones burlonas, como la crucifixión de un ama de casa en un árbol navideño o la aparición de una vaca con banda en un concurso de belleza, causaron revuelo, al igual que la idea de una huelga. Bien, dijeron, si ésta causa temor entre las mujeres… convoquemos a un día libre.

El día libre islandés

Y el día libre llegó y con él una enorme parada, canciones, discursos y una gran marcha que reunió en Reikievic a mujeres de distintas edades y condiciones. Muchas empresas no

pudieron sacar el trabajo adelante y los colegios cerraron puesto que las profesoras eran mayoritariamente mujeres, al igual que sucedió con los comercios y las fábricas de procesamiento de pescado. Algunos hombres llevaron a hijos al trabajo y muchas mujeres, como muestra la fotografía, fueron con sus hijas e hijos a la marcha. La hostilidad y el apoyo recibido en las acciones de las Redstockings también se dieron en la huelga. Algunas activistas dicen que los hombres estaban entre perplejos y divertidos, no enfadados. Algunos no pudieron impedir que las compañeras salieran ante el riesgo de quedar mal, y otros arremetieron contra los que se habían quedado en casa. "Pero, ¿cómo dejas que tu mujer se ponga a gritar de ese modo desde la tarima? Yo nunca permitiría eso a mi mujer"… "Ya… es que mi mujer jamás se casaría con un tipo como tú".

Parece difícil imaginar algo así sin las Redstockings y la desafiante energía acumulada. La cosa iba mucho más allá de la equiparación salarial o del reparto doméstico; al visibilizar a las mujeres juntas en la plaza se cuestionaba su lugar y el de los hombres en la sociedad, al tiempo que se desplegaba un cotidiano alegre y trastocado. La huelga duró un único día, pero sus efectos fueron importantes, tanto en las disputas políticas del país como, nuevamente, en las que se desarrollan en cada casa. Tras ésta y otras acciones se produjeron cambios legislativos, especialmente en lo concerniente a los cuidados, y al igual que en Liberia con las mujeres de los mercados, se eligió a una presidenta. Una plataforma política femenina, *Alianza de Mujeres*, entró en escena y con ella, como comentan algunas activistas, la conversación se desplazó hacia terrenos más convencionales. Como sucede cuando se institucionaliza el vigor y la creatividad social, se adoptaron nuevos lenguajes, y los balances no siempre resultan coincidentes.

¿Qué nos dicen entonces estas cinco huelgas para el presente? ¿Qué se ve desde el otro lado de la huelga? Son muchos los aprendizajes de éstas y otras mil huelgas inusuales solo en apariencia, pero yo destacaría al menos cuatro reflexiones.

La primera es que la huelga pone de relieve la imbricación de lo que denominamos "productivo" y "reproductivo"; la interrupción revela lo impostergable –alimentarse, descansar, resguardar…-, que cuando se pone en el centro, en lugar de ser un freno, es la

potencia misma de la acción, que ya no es de unos cuantos sino de todo el conjunto. Las mujeres, desde sus “no lugares”, han entendido este carácter comunitario de la huelga y han desbordado los marcos que han reconducido el conflicto. Hemos vislumbrado, siquiera por un tiempo, lo que significa poner la reproducción en el centro, la huelga general como huelga comunitaria y la capacidad política de los “dependientes” e “improductivos” contra el sistema que los vuelve en tales. Desocupar el lugar asignado significa ocuparse nuevamente junto con el resto desplazando la jerarquía entre lo importante y lo secundario.

Como segunda reflexión se puede señalar la riqueza de los conflictos reproductivos. Estos han llamado la atención sobre la violencia y la integridad del cuerpo, la extracción natural y humana, la sexualidad y la libre capacidad de procrear, la educación y el valor de la voz de las desheredadas, las alianzas fuera de lo común y la posibilidad de re-simbolizar lo femenino, lo masculino y lo múltiple. Estas y otras huelgas hablan a distintos niveles, pudiendo conectar la cama, la casa, la plaza, la cocina, la vereda, lo rural y lo urbano, el puesto de trabajo, la carretera, el mercado, la chacra, la escuela… todo se rehilvana, todo aparece interconectado, todo cuenta. Interrogar la intimidad pública, de abajo a arriba, ha sido un aporte fundamental.

En tercer lugar es importante entender el uso que se ha hecho del cuerpo, que en una hermosa paradoja delata la fragilidad, desprotección e interdependencia, los límites éticos y el aliento que lo habita. Revertir silencio e invisibilidad, abyección y abuso, clasificación racial y sexual, exponiendo la integridad encarnada ha sido un elemento novedoso. El cuerpo ha señalado un límite parando y con él ha revelado todo aquello que lo sostiene. Como enseñan los feminismos indígenas, no vale pelear por el territorio, si el primer territorio que es el cuerpo resulta atropellado.

Finalmente, los trabajos y la huelga. Detenerse, desactivar, desplazar, fugarse y llevarse, interrumpir y obstruir. En muchos trabajos esto carece de sentido y por eso muchas feministas han visto en la huelga una herramienta sesgada o propia de ciertos sectores[9]. La huelga no es siempre el mejor instrumento, la huelga no siempre viene sola y la huelga no habla a todo el mundo por igual. La huelga no es un momento, tiene sus propios preámbulos

y es acompañada por distintos elementos. La pregunta “¿cuál es tu huelga?” se aproxima al problema, pero no acaba de resolverlo. El “día libre” movilizó a las islandesas, detener el sexo agitó a las colombianas de Barbacoa y a las keniatas que peleaban contra la deforestación y el monocultivo, reclamar la calle animó a las vendedoras minoristas a hacer huelgas de hambre en Bolivia…. Lejos de hacer de la huelga un fetiche es preciso interrogar la desafiliación respecto a la repetición de orden injusto, pero también la apropiación de las condiciones globales de vida. Lo que se ve del otro lado de la huelga social no remite a un modelo único, el de la producción asalariada, sino a una enorme capacidad para mover y apropiar la reproducción bajo lógicas no capitalista.

CRISTINA VEGA: Integrante de la revista feminista ecuatoriana Flor del Guanto. Profesora Investigadora del Departamento de Sociología y Género, FLACSO-Ecuador.

Fuente: www.sinpermiso.info, 15 de febrero 2018

Notas:

[1] “Making a living”, Viewpoint Magazine. En:https://www.viewpointmag.com/2015/10/28/making-a-living/

[2] https://www.youtube.com/watch?v=pa75V-tdBko. Adviértase que esta película no forma parte de muchos de los archivos históricos “oficiales” acerca de la huelga.

[3] Susan Rosenthal recoge las experiencias de Dollinger en una fantástica entrevista, “Striking Flint”, realizada en 1995. En:https://www.marxists.org/history/etol/newspape/amersocialist/genora.htm

[4] https://www.reseau-canope.fr/tdc/tous-les-numeros/les-combats-feministes/videos/article/les-prostituees-de-lyon-parlent-1975.html

[5] Mathieu Lilian Monsieur (2001) “An unlikely mobilization : the occupation of Saint-Nizier church by the prostitutes of Lyon”, *Revue française de sociologie*,  42-1. pp. 107-131.

[6] https://www.youtube.com/watch?v=_gRbrjYoQA0. Entrevista a Dolores Cacuango, Rolf Blomberg, 1969.

[7] http://www.forkfilms.net/pray-the-devil-back-to-hell/#_about. Entrevista con Gboweehttps://vimeo.com/128182384

[8] https://vimeo.com/141731463

[9] Esto fue recientemente señalado por algunas compañeras: http://glefas.org/algunas-reflexiones-sobre-metodologias-feministas/